

La invención de los clásicos: nacionalismo, filología y políticas culturales en Argentina

*por Fernando Degiovanni
(Wesleyan University)*

RESUMEN

Este artículo estudia el lugar que tuvo el discurso filológico en las disputas por la consagración de una versión legítima del canon argentino a comienzos del siglo XX. A través del análisis del modo en que algunos críticos utilizaron argumentos y estrategias de fijación discursiva derivados de la crítica textual para legitimar una versión anti-jacobina y anti-socialista de los orígenes de la nacionalidad en un momento crucial de la vida política del país (la sanción de la Ley Sáenz Peña y las primeras elecciones presidenciales limpias), el trabajo se propone indicar las estrechas relaciones entre legitimación crítica y legitimación política en el establecimiento de un repertorio de clásicos argentinos. El estudio de la forma en que Rojas e Ingenieros editaron las obras de ciertos escritores nacionales en sus respectivas colecciones populares de autores argentinos sirve de ejemplo para demostrar de qué manera los textos del pasado sirvieron para justificar debates políticos y culturales del presente.

This article analyses the place occupied by the philologic discourse in the disputes over the consecration of a legitimate version of the argentinian canon at the beginning of the XX century. Through an analysis of the way in which some critics used arguments and strategies of discursive fixation derived from textual criticism to legitimate an anti-jacobinian and anti-socialist version of the origins of nationality at a crucial moment of the political life of the country (the approval of the Sáenz Peña Law and the first clean presidential elections), the article aims to indicate the close relationship existing between critical and political legitimation in the establishment of a canon of argentinian classics. The study of the way in which Rojas and Ingenieros edited the works of certain national writers in their respective popular collections of argentinian authors serves as an example to demonstrate how the texts of the past helped to justify contemporary political and cultural debates.

Palabras clave: nacionalismo – canon – filología – Rojas – Ingenieros

En 1915, tres años después de la sanción de la ley Sáenz Peña de voto secreto, universal y obligatorio, y un año antes de la primera elección presidencial en comicios limpios, se produce en la Argentina un fenómeno de vastas repercusiones culturales: la aparición simultánea de dos series de clásicos nacionales destinadas a competir por la definición e imposición de un canon textual. Aunque planeado algunos años antes, el lanzamiento de estos proyectos editoriales dentro de un marco político tan específico no resultaba accidental: pensadas a comienzos del siglo XX en el contexto de las tensiones ideológicas que produjo la llegada masiva de inmigrantes al país, su definitiva concreción hacia mediados de la década de 1910 no podría ser indiferente a una batalla por el poder en la que participarían abiertamente fuerzas populares y antihegemónicas que desde hacía décadas reclamaban apertura electoral y derecho a la libre participación política. Ante las potenciales transformaciones que acarrearía la formalización de la ciudadanía, al objetivo prioritario de nacionalización de los extranjeros que había articulado en un principio estos planes editoriales, se sumaría ahora el de proponer opciones ideológicas a un electorado que, libre del régimen de partido único, la corrupción del sufragio y las presiones intimidantes de los sectores tradicionales, podía cambiar –y de hecho, cambiaría– la historia política del país (Halperín Donghi 1999: 15-272).

Desde espacios radicalmente distintos del campo intelectual, dos intelectuales faro de la Argentina del Centenario –Ricardo Rojas y José Ingenieros– decidirían apostar por la publicación de series retrospectivas de difusión masiva –la “Biblioteca Argentina” (1915-1928) y “La Cultura Argentina” (1915-1925), respectivamente– con el propósito de difundir no sólo los contenidos ideológicos de lo que representaba para cada uno de ellos la tradición cultural argentina, sino también el proyecto político con el cual debía ser identificada. Dentro de las recurrentes polémicas sobre el sentido de la nacionalidad desatadas en diversos ámbitos de la

vida pública desde fines del siglo XIX¹, las colecciones de clásicos tendrían como objetivo forjar relatos alternativos de identidad que dieran sentido al presente y fueran capaces de cohesionar simbólicamente un cuerpo social heterogéneo en rápido proceso de modernización. De este modo, a lo largo de diez años las series de Rojas e Ingenieros se convertirían en las protagonistas de una resonante y excepcionalmente larga batalla por los usos del pasado en la cual los textos coloniales y decimonónicos servirían como vehículo para orientar el desarrollo simbólico y material argentino.

Materialización de dos tendencias nacionalistas en lucha, la “Biblioteca Argentina” y “La Cultura Argentina” serían así instancias mediadoras en la construcción e imposición de un imaginario cultural. De hecho, en su lucha por imponerse a la extensión del cuerpo social, las colecciones de Rojas e Ingenieros se propondrían realizar precisamente el principio que, según Ernest Gellner (1983: 1-7), define todo nacionalismo: la búsqueda de la congruencia entre unidad política y la unidad cultural. Su sincrónico y estratégico enfrentamiento las convertiría en dispositivos capaces de evidenciar las dimensiones que cobró a principios del siglo XX la batalla por la generalización de un capital simbólico. Agentes de una política cultural patrimonialista, dirigista y vulgarizadora, su propósito consistiría en lograr un consenso específico en torno al pasado y al futuro por medio de la preservación, legitimación y difusión de un conjunto selecto de objetos culturales.²

En un contexto de fuertes disputas por la hegemonía política y cultural, algunos miembros de la elite intelectual percibirían a las agrupaciones de izquierda como el frente de oposición más importante en las batallas por la definición de una tradición nacional. El crecimiento electoral del socialismo (que para 1914 contaba con diputados y senadores en el Congreso Nacional), las resonantes huelgas propiciadas por el anarquismo, y las poderosas campañas de intervención educativa y cultural desarrolladas por ambas agrupaciones desde comienzos del siglo XX se habían convertido hacia el Centenario en un punto de preocupación recurrente dentro de los sectores tradicionales.³ La acción política y simbólica del socialismo y el anarquismo sería percibida al mismo tiempo como una amenaza a los valores históricos defendidos por la elite letrada y como un agente del debilitamiento del sentido de la nacionalidad del cual ella se sentía representante legítima.

En 1909, Rojas había formulado precisamente los términos de una batalla contra los sectores internacionalistas al proponer en *La restauración nacionalista* la formación de un frente cultural destinado a combatir estas tendencias políticas y argentinizar la creciente población inmigratoria. Para Rojas, la estrategia para desplazar al adversario debía fundarse en una decisiva reforma en la enseñanza escolar de las humanidades destinada a enfatizar los valores de la nacionalidad tal como los entendía la dirigencia criolla; dentro de este marco, era necesario desarrollar una política del libro argentino capaz de contrarrestar la difusión popular de pensadores y novelistas de izquierda, un espacio en que la producción extranjera resultaba dominante. De acuerdo al diagnóstico de Rojas:

Una literatura plebeya y una filosofía egoísta, que disimulaba bajo manto de filantropía su regresión hacia los instintos más oscuros, han causado algún daño, en estos últimos tiempos, a la idea de patriotismo. El innoble veneno, *profusamente difundido en los libros baratos por ávidos editores*, ha contaminado a las turbas ignaras y a la adolescencia impresionable. Y ha sido una de las aberraciones democráticas de nuestro tiempo y de nuestro país, que la obra de alta y peligrosa filosofía *circulase en volúmenes económicos, más asequibles que el libro nacional o que los manuales de escuela*. Por eso se hace necesario proclamar de nuevo la afirmación de los viejos ideales románticos, y decir que, en las condiciones actuales de la vida, esa fórmula

¹ Para una historia de estos debates, véase Bertoni 2001.

² Sobre paradigmas, agentes y modos de organización de las políticas culturales, Cf. García Canclini 1987: 13-61; Brunner 1988: 261-313; Coelho 1997: 293-300.

³ En relación con la acción política y cultural de la izquierda, Cf. Solberg 1970; Gallo y Cortés Conde 1987; Barrancos 1990 y 1991; Gutiérrez y Romero 1995.

contraria a la patria, implica substituir el grupo humano concreto por una humanidad en abstracto que no se sabría cómo servir. (1909: 38-39, el subrayado es mío).

A lo que en 1911 agregaría, en su prospecto destinado a la promoción de la “Biblioteca Argentina”: “imprimir en condiciones costosas el libro [nacional], sería privarle de su carácter popular, democrático, económico, y sustraerlo a la lectura de obreros, estudiantes y maestros, clientela habitual de esas *otras bibliotecas económicas, tristes antologías al revés, de filosofía negativa, de ciencia fragmentaria, de nefanda literatura*” (1911: 109-110, el subrayado es mío). En un ámbito social donde la letra ocupaba todavía un lugar central en los procesos de construcción simbólica, la reimpresión de clásicos nacionales representaría para Rojas uno de los métodos más eficaces para articular un imaginario capaz de poner freno a toda ofensiva desestabilizadora. Su lanzamiento sería entendido, en este contexto, como una herramienta clave para la formación de la ciudadanía: los textos del pasado argentino, jerarquizados y leídos de acuerdo a una lógica específica, debían operar como elementos de constitución de una identidad política y cultural legítima.

Sin embargo, el amplio consenso entre los miembros de la elite intelectual sobre la necesidad de cohesionar una sociedad heterogénea en función de los valores e ideales de una “tradición” no tardaría en enfrentarse a la circunstancia de que esa supuesta “línea de continuidad simbólica” que atravesaba la historia del país y podía guiar su futuro distaba de presentar un trazado similar para todos.⁴ La aparición de “La Cultura Argentina” de Ingenieros a mediados de 1915, seis meses antes de que Rojas pudiera concretar finalmente su ansiado proyecto editorial, mostraría los alcances y la importancia atribuida a esta lucha por el poder simbólico. A través de su colección retrospectiva, Ingenieros intentaría enfrentar la propuesta de Rojas al constituir una versión del pasado argentino en la que los contenidos ideológicos jacobinos y socialistas tuvieran un lugar central. En una acelerada carrera por la conquista del público, para diciembre de 1915, fecha en que Rojas lograría publicar por fin el primer tomo de su “Biblioteca Argentina”, Ingenieros ya había logrado colocar semanalmente en kioscos, almacenes de ramos generales y librerías 22 títulos con una tirada que jamás lograría igualar la colección de su adversario: 3 a 5 mil ejemplares por volumen (Ingenieros 1915-1916: 90-92; Quesada 1925: 445; Bagú 1936: 160).⁵

Ante el éxito inmediato de la colección de Ingenieros y su reclamo de haber sido el primero en concebir este tipo de proyectos (Ingenieros 1915-1916: 90-92), Rojas no sólo vería cuestionado su lugar de autor del programa cultural más importante del nacionalismo del Centenario, sino también la viabilidad comercial de su empresa. En una carta a *La Nación*, además de reclamar legítimamente para sí la idea fundacional de la serie, Rojas intentaría desautorizar el valor y la representatividad cultural de “La Cultura Argentina” en términos editoriales y profesionales. En este contexto, los presupuestos teóricos y métodos de una disciplina reciente se convertirían en su arma estratégica para disputar el sentido histórico de la nacionalidad y asignarse el derecho de interpretación del pasado: la filología moderna y, especialmente una de sus ramas, la crítica textual. Por medio de un argumento basado en la defensa de los nuevos saberes utilizados en Europa para la edición de clásicos nacionales, Rojas señalaría que las ediciones de Ingenieros carecían de legitimidad como fuentes e instrumentos de lectura del pasado por haber sido pensadas y preparadas al margen de la disciplina que, por entonces, representaba la única garantía de acceso a la interpretación ajustada y objetiva de los textos. En ese sentido, afirmaría que después de haber revisado los volúmenes editados por Ingenieros, “la opinión que sobre ellos me he formado es de tal modo desfavorable que creo hoy más necesario que nunca, por el decoro de la *verdadera cultura argentina*, reeditar a nuestros maestros debidamente expurgados y prologados”. (Rojas 1915a, el subrayado es mío).

En su carácter de discurso que había ganado prestigio en el marco del nacionalismo europeo, la filología sería el instrumento utilizado por Rojas para autorizar su posición como intérprete privilegiado de los orígenes de la nacionalidad. Además, le serviría también para

⁴ Sobre el concepto de tradición, Cf. Williams 1977; Hobsbawm 1983: 1-14.

⁵ José L. Trenti Rocamora me ha indicado que los rasgos de impresión de la edición de la serie de Rojas sugieren que su tiraje no superaba los mil ejemplares.

minar la lectura peligrosa de los fundamentos contestatarios de la tradición nacional que “La Cultura Argentina” ya había comenzado a popularizar de modo masivo con sus reimpressiones. En su carta a *La Nación*, Rojas puntualizó que la publicación de series de textos nacionales requería algo más que la jerarquización y diseminación de autores y textos. Suponía también la garantía de su institucionalización por medio de disciplinas específicas y metodologías críticas. Sostenida como paradigma del proyecto cultural de Rojas, la filología era un arma de control político de utilidad directa contra el desarrollo del nacionalismo de Ingenieros. Frente a la influencia abrumadora de la empresa cultural de Ingenieros, el saber crítico representaba para Rojas un elemento crucial que le permitía trazar la línea divisoria entre intérpretes autorizados y “profanos”, entre textos legítimos y “bastardos”, entre memoria y olvido textual.

En efecto: desde una perspectiva que parecía afirmar que no había mediación alguna entre la materialidad del texto y sus contenidos ideológicos, entre texto “prístino” y texto legítimo, entre origen y verdad, Rojas querría dar “inteligente y patrióticamente [...] a los jóvenes –como es mi deber– la fuente de una doctrina incontaminada” (Rojas 1915b: 21). Estas operaciones de purificación no eran ajenas, de hecho, a su propio teleologismo filosófico: Rojas entendía que una vuelta hacia la textualidad “primera” de las obras permitiría contribuir con mayor eficacia a la realización de un destino nacional prefijado, cuyos ejes se localizaban en una idea de democracia incompatible con iniciativas jacobinas o socialistas. La edición científica de los clásicos debía servir para confrontar las opiniones que postulaban otras versiones del origen, señalar las deformaciones o desplazamientos y reorientar los destinos de la nación. A través de su propia “Biblioteca Argentina” era posible recuperar el sentido de una tradición inconclusa y latente, malinterpretada o desleída por aquellos que se habían apartado de la letra de los textos fundacionales.

Este trabajo postula precisamente que la emergencia de las series de clásicos argentinos trajo consigo una disputa por el poder interpretativo en la que se pondrían en juego no sólo selecciones diferenciadas de autores y obras, sino también saberes específicos destinados a autorizar su lectura y análisis. En otras palabras, como proyectos canonizadores, la “Biblioteca Argentina” y “La Cultura Argentina” plantearían no sólo la cuestión de a quién leer, sino también la de cómo y dónde leer; más allá de un contenido específico, las tradiciones y textos en competencia necesitaban de disciplinas y dispositivos epistémicos específicos para imponer y consolidar su lugar institucional y social. De acuerdo a sus defensores, la crítica filológica constituía así un discurso determinante a la hora de consagrar versiones discursivas de la tradición. Sus conceptos, métodos y operaciones proveían argumentos “científicos” estratégicos a la hora de reclamar autoridad sobre los textos patrimoniales. En el caso argentino en particular, el contexto político contemporáneo daba a la filología una dimensión suplementaria. Reclamada como un discurso legítimo en el momento en el que el país estaba enfrentando un futuro político incierto debido al establecimiento de una nueva ley de sufragio, ella jugaría un rol crucial en el proceso de construcción nacional. En este sentido, los debates sobre la canonicidad y su importancia en la constitución de la nacionalidad son impensables en Argentina fuera de los cruces y enfrentamientos entre una disciplina y una apuesta política. Al analizar la mediación de tempranos dispositivos epistemológicos en la constitución del discurso legítimo de la cultura nacional, este trabajo intenta explorar un capítulo del complejo entramado que presentan en el país las vinculaciones entre legitimación crítica y legitimación ideológica.

Filología y nacionalismo: el origen de un debate

Surgida en el siglo XIX como disciplina capaz de garantizar la canonicidad, dirimir las disputas sobre el discurso legítimo de la tradición y establecer los materiales a partir de los cuales podía ejercerse el comentario, la filología moderna resulta históricamente inseparable de los procesos de construcción de la nacionalidad. Gumbrecht y Cerquiglini han demostrado que su emergencia en Alemania después de la batalla de Jena (1806) y su consagración en Francia después de Sedán (1870), no fueron ajenas al desarrollo de un patriotismo fundado en la erudición como arma de guerra. La derrota bélica de uno y otro contendiente dio lugar precisamente a una expansión académica del estudio de la historia y la literatura por la cual se intentó buscar en los textos del origen los elementos fundacionales y cohesivos de la cultura nacional. La canonización de la *Chanson de Roland* constituyó, en este contexto, un ejemplo

claro de esta política: raramente considerada en un “contexto patriótico” antes de la Guerra Franco-Prusiana, se convertiría desde entonces, por obra del padre de la filología francesa, Gastón Paris, en parte del patrimonio nacionalista. El llamado de Gastón Paris a que los franceses se reconocieran como “los hijos de aquellos que murieron en Roncesvalles” cuando los alemanes cercaban París representaría el punto de partida de toda una configuración cultural por la cual la épica sería vista como herramienta de refundación nacional después de la “decadencia”. Howard Bloch 1989: 11⁶; Gumbrecht 1986: 28).

Gastón Paris haría de la crítica textual filológica una disciplina capaz de establecer la forma y el sentido de los textos genealógicos de la nación y constituirlos en patrimonio de una identidad antigua y legítima. Con el objetivo de descifrar los contenidos de una tradición a partir de los documentos primitivos de la lengua, la filología emergería como la ciencia capaz de reestablecer aquello que parecía haberse corrompido en la densa proliferación del pasado: la escrupulosa intención del autor, la primigenia forma del texto y el origen inmaculado de una nación en lo lejano del tiempo. Manejar las operaciones a partir de las cuales era posible seleccionar una de sus posibles variantes, establecer los antiguos textos y llegar al texto del origen se convertiría así en sinónimo de poseer una verdad y una autoridad sobre el sentido y la tradición. A partir de la analogía entre texto puro y origen puro, y las nociones de autenticidad e intencionalidad autorial, la filología haría de la materialidad inmutable del texto la base confiable y excluyente del comentario (Cerquiglini 1999: 1-2). Ciencia capaz de convertir textos en monumentos, resultaría una herramienta estratégica de todo proyecto de construcción de un canon textual autorizado.

Los debates en torno a los métodos y fines de la crítica textual filológica llegarían a la Argentina hacia 1890 para llevar a cabo una tarea específica: establecer y fijar para la nación un original capaz de dar cuenta de un origen. Una larga y hostil reseña de Paul Groussac sobre la edición de los *Escritos* de Mariano Moreno a cargo de Norberto Piñero (Moreno 1896; Groussac 1896) señalaría el comienzo de las relaciones entre filología, capital cultural y alternativas políticas en el país.⁷ El fracaso inmediato de la colección en la que se publicó esa edición y el carácter fundamentalmente erudito del debate que le siguió hicieron que esta polémica no tuviera la resonancia que alcanzaría la de Rojas e Ingenieros. Publicada en 1896 para inaugurar la “Biblioteca del Ateneo”, la edición de Piñero aparecería como parte de las tempranas respuestas culturales de la élite dirigente a los efectos indeseados de la acelerada modernización económica, social y cultural del país. El carácter emblemático del autor seleccionado y la cuestionable presentación de sus escritos darían lugar a una controversia sobre la profesionalización y las funciones de la crítica en la preservación y monumentalización del pasado cuyas consecuencias se sentirían muchos años más tarde en la historia política y cultural argentina.

En su reseña, Groussac acusaría a Piñero –un abogado de profesión– de comprometer la interpretación del pasado nacional al lanzarse a publicar una edición de los textos del héroe de la emancipación sin el conocimiento de los procedimientos para llevarla a cabo. Para Groussac, la “inexperiencia literaria, errado concepto histórico o desconocimiento de los deberes inherentes a la tarea acometida” de este “estimable aficionado” (121-122), lo había llevado a incluir entre los *Escritos* de Moreno un documento que modificaba por completo la imagen de Moreno instituida por la historiografía liberal: el “Plan [...] de las operaciones que el nuevo gobierno [...] debe poner en práctica hasta consolidar [...] nuestra libertad e independencia”, texto recientemente encontrado en el Archivo de Indias de Sevilla⁸, en el que, entre otras cosas, se aconsejaba el uso de la impostura, el perjurio, el cohecho, la intriga, el espionaje, el soborno y el engaño como medios para coadyuvar al triunfo de la revolución. Defendiendo el lugar calumniado de un héroe al que no podían ligarse escritos de inspiración jacobina, Groussac señalaría que

⁶ Las citas de Gaston Paris, tomadas de Howard Bloch, corresponden a su *La poésie du moyen âge*.

⁷ Más tarde, en 1903, se inauguraría el primer curso libre de filología en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires a cargo de C. Morel. Cf. Morel 1906.

⁸ Para una historia del descubrimiento y la publicación de este texto, véase Moreno 1965: 7-17; Davire de Musri 1988; Caparrós 1999.

únicamente la falta de formación para analizar los contenidos y el estilo de ese texto podía haber llevado a tal acto de profanación genealógica.

Era necesario, en estas circunstancias, valerse de métodos especializados para llegar a la verdad y limpiar la mancha radical del texto del origen. Sólo una edición filológica podría aclarar el linaje del padre y restaurar el relato de su descendencia; la filología debía asumir aquí esa función histórica que le ha atribuido Cerquiglini: la de pertenecer a un “sistema de pensamiento burgués, paternalista e higienista sobre la familia” que “celebra la filiación, elimina los adúlteros y teme a la contaminación” (49). Groussac creía que la crítica filológica tenía una clara proyección nacionalista: “las doctrinas filosóficas y métodos literarios [...] son parte directa en el proceso y se relacionan con el desarrollo y disciplina del espíritu argentino” (122). Lo que en este contexto ideológico específico significaba que sus herramientas debían cumplir con una tarea específica: librar a la tradición nacional de cualquier genealogía radical.⁹ En este sentido, a través de un debate con Piñero que se prolongaría por dos años, Groussac reclamaría una relectura del texto a partir de inferencias textuales específicas y, cuestionando la autoría, sentaría los precedentes para las futuras tomas de posición sobre el tema.¹⁰

De hecho, los argumentos de Groussac materializaban una nueva guerra por los usos del pasado a través de la posesión de una autoridad y un saber que, a medida que avanzaba la autonomización de las áreas de conocimiento, marcaba áreas de dominio exclusivo. En 1915, casi veinte años después del debate entre Groussac y Piñero, Rojas subrayaría otra vez el lugar del saber crítico en la defensa de una versión del nacionalismo argentino frente la intervención de otro “profano”. Sugiriendo que corrupción textual era sinónimo de corrupción hermenéutica, Rojas desautorizaría precisamente los textos de la exitosa serie de Ingenieros por haberse publicado sin los necesarios recaudos filológicos. En su artículo “Historia de una biblioteca”, Rojas describiría las tensiones emergentes en el interior del campo intelectual argentino en el momento en que la posesión de un capital cultural especializado comenzaba a aparecer como elemento excluyente de legitimación. Rojas apuntaría que la serie de Ingenieros carecía de dos rasgos esenciales: estudios preliminares capaces de proveer una lectura histórica y crítica de las obras, y textos depurados. En palabras de Rojas, los prólogos de “La Cultura Argentina” eran, en su mayoría, “disertaciones ajenas al libro o al autor, discursos compuestos para otras ocasiones”; además, contenían gruesos errores de información histórica y literaria, y estaban “llenos de erratas de imprenta, principalmente en fechas y nombres”. De este modo, en una estrategia que ligaba saber especializado, verdad y restauración moral de la nacionalidad en su propia persona, Rojas concluiría que su deber era publicar una biblioteca alternativa para revertir las consecuencias negativas que había acarreado una colección descuidada, que comprometía la lectura de la tradición cultural. Frente a los que, como él, aspiraban a construir “la verdadera cultura argentina [...] sobre los frutos del trabajo perseverante, silencioso, especializado y sincero” se ubicaba Ingenieros, quien, ironizaría, “por ser médico, *ha estudiado siempre otras cuestiones absolutamente diversas*: criminología, histeria, reumatismo...”. (Rojas 1915a, el subrayado es mío).

Políticas de la edición: democracia e ideologías contestatarias

Las luchas por consagrar una versión del pasado nacional empezarán en Rojas e Ingenieros justo en el lugar donde Groussac y Piñero las habían dejado: el debate sobre la autenticidad del “Plan” y el jacobinismo de Moreno. Pero ahora era 1915 y la creciente influencia de la izquierda junto a la inminencia de las primeras elecciones presidenciales bajo la ley Sáenz Peña daban un marco suplementario a la discusión. En esa disputa, Ingenieros,

⁹ Para Groussac como opositor de las ideologías de izquierda, Cf. Groussac 1897: 324.

¹⁰ La reseña de Groussac generó una contrarréplica de Piñero (1897) que, a su vez, suscitó una nueva intervención de Groussac (1898a). A pesar de las agresivas críticas a Piñero, Groussac se vio obligado a admitir aquí que quizás el “Plan” fuera obra de un “partidario ‘terrible’ y exaltado” de Moreno” (308), “proyectista de la *Sociedad Patriótica* y parroquiano asiduo del café de Mallco” (312). El tono insultante del segundo artículo de Groussac, director de *La Biblioteca*, provocó la censura ministerial, ya que la revista era costeadada por el Estado; como respuesta, Groussac decidió suspender la publicación de la revista. Cf. Groussac 1898b: 244-248.

situado en la vereda opuesta de la filología, insistía en ver el jacobinismo como una de las tradiciones de la patria y subrayaría el perfil radical de Moreno. De hecho, en un gesto abierto de rechazo a las observaciones de Groussac, no dudaría en reproducir *sin variación alguna* la cuestionada edición del Ateneo, con el “Plan” e incluso el prólogo de Piñero. En tono de confrontación, Ingenieros afirmaría en su nota introductoria al volumen que la edición de Piñero reunía no sólo “lo esencial y característico del eminente revolucionario”, sino que constituía “la única *labor seria* efectuada en el sentido de reunirlos y editarlos”. Es más: en su noticia biográfica reafirmaría que, como mostraba el “Plan”, gracias a la acción de Moreno, la Junta de 1810 había tenido el carácter revolucionario y progresista del pensamiento radical francés. Para Ingenieros, sólo aquellos intelectuales que estaban interesados en crear una imagen acomodaticia de Moreno podían negar el jacobinismo del pensamiento fundador de la “argentinidad”; como afirmaría después en *La evolución de las ideas argentinas*, para él, llamarle “*jacobino* [constituía] su más legítimo título de gloria desde el punto de vista de la Revolución” y este adjetivo representaba su “más alto elogio”. En este sentido, respondiendo a los críticos que apostaban a la filología como disciplina de autoridad sobre la filiación y el sentido, señalaría que, aun cuando pudiera probarse la inautenticidad del “Plan”, sería imposible negarle su valor de “fiel trasunto del espíritu morenista”: “Atribuido al mismo Moreno y negada con buenas razones la atribución”, el problema era, para él, “*tan importante para la crítica histórica como accesorio para quien examine el espíritu de la época*”. (Ingenieros 1957: t. I, 119, 123, 125).

La “Biblioteca Argentina” de Rojas combatiría precisamente esta versión de Moreno y la revolución. Para afirmar justo a tiempo la necesidad de un “ideal democrático” fuera de cualquier ideología radicalizada, insistiría en la preparación de ediciones “fieles” con el propósito declarado de que “el lector desprevenido” pudiera “atribuir a cada autor o a sus ideas el significado que le corresponden en su país, y en el momento histórico en que fueron escritas” –lo que llamaba también “*su origen*” y “*su primitiva tendencia*” (Rojas 1915c: 13, 17). En el prólogo a la edición de Moreno insistiría justamente en que la colección que se iniciaba con ese volumen tenía el propósito específico de establecer la tradición sobre la cual debía afirmarse la nueva democracia electoral argentina. Comparando su propia tarea de organización cultural por el libro a la llevada a cabo por Moreno en otro momento “fundacional”, Rojas escribiría: “La actitud de Mariano Moreno [...] nos revela que sentía de modo apostólico la democracia, pero que la sabía impracticable sin la difusión de la cultura, que esclarece la razón popular, y hace del sufragio no un mero acto exterior, sino conciente deliberación de cada ciudadano” (Rojas 1915d: 23).¹¹

Según Rojas, la filología moderna permitía revelar al público las ideas originales de Moreno. Sin embargo, su reclamo en torno a la necesidad de publicar textos conforme a normas filológicas no pasaría, en general, más allá de una declaratoria de principios, sin traducirse necesariamente en la preparación de sus ediciones. Es más, su tarea como editor ignoraría en este caso las operaciones autorizadas por la crítica textual. Para él, los argumentos a favor del modelo filológico estarían más ligados a una estratégica justificación de sus posiciones sobre el pasado por medio de argumentos presuntamente “científicos”, que al empleo de una metodología rigurosa, pensada para proliferantes y a veces anónimos manuscritos medievales, y dedicada a estudiar variantes e investigar fuentes. Operaciones convencionales de la crítica textual tales como comparación de manuscritos disponibles, análisis de variantes e investigación de fuentes serían completamente ajenas a su edición de los textos de Moreno. En todo caso, su práctica se limitaría al ejercicio de simples estrategias de selección, ordenación y presentación de los textos.

¹¹ Debe recordarse que, entre otras iniciativas revolucionarias, Moreno prologó una traducción parcial del *Contrato social* de Rousseau. En su noticia preliminar, anotó: “Sabido es que Moreno, al reimprimir aquel libro y prologarlo, entendió comenzar una serie de publicaciones análogas, con el objeto de servir a la cultura democrática [...] Lo que Moreno hizo con el ciudadano de Ginebra, hago yo con el ciudadano de Buenos Aires. Su obra inaugura así nuestra empresa, prestando a mi modesta actitud el prestigio de su ejemplo y de su gloria”. (20-22).

La publicación del volumen inicial de su colección, la *Doctrina democrática* de Mariano Moreno, sería precisamente una demostración clara de los usos interesados de esa disciplina para legitimar una posición sobre la tradición nacional. Ya en la elección del título mismo de la colección, Rojas pondría en evidencia el lugar de la filología en su proyecto cultural. En efecto, decidir llamar *Doctrina democrática* a una antología de textos publicados poco antes de las primeras elecciones nacionales limpias mostraría el carácter oportunista y fuertemente interpretativo de su edición. Sin evidencia directa y pertinente en los escritos de Moreno para elegir ese título, la apresurada autojustificación que esbozaría en el prólogo descubriría la cuestionabilidad de su estrategia de lectura. Previendo ya las objeciones de críticos y detractores, Rojas se adelantaría a subrayar que al optar por el título de *Doctrina democrática* no estaba haciendo otra cosa que plasmar el “pensamiento de justicia y de libertad” de Moreno (17), y si esto a primera vista podía representar un “abuso bibliográfico” (14), no lo era en realidad: si por un lado afirmaría, contra toda evidencia, que ese título no era menos “auténtico” que el de *Escritos* o *Arengas* (usados por Manuel Moreno y Piñero en sus ediciones del siglo XIX)¹², por otro agregaría que dicha denominación podía defenderse puesto que expresaba “el tema que da unidad a sus páginas y gloria duradera al pensamiento de su titánico autor”. Sin embargo, “tema” y “gloria” no eran categorías críticas que, de acuerdo al método crítico, pudieran defenderse a la hora de titular un conjunto de piezas de distinta índole y época, cuando podía utilizarse una denominación menos comprometida: “Escritos selectos”, “Obras escogidas”.

Pero esto no era todo: en una operación editorial en que pondría a jugar no sólo criterios de selección sino también estrategias de ordenación y jerarquización, Rojas no sólo prescindiría en su volumen del controvertido “Plan”, sin discutir en detalle las bases de su decisión, sino que ordenaría la heterogénea producción de Moreno de acuerdo a un relato homogéneo y unilineal sólo garantizado por la unidad material de su propia edición. Así agruparía trabajos tan diversos del autor como la “Representación de los hacendados”, los numerosos artículos de la *Gazeta* y las “Miras del Congreso”, de acuerdo a una secuencia “evolutiva” cuya coherencia ideológica e histórica trataría de expresar a través de una estratégica operación: su presentación como unidades a las que llamaría “libros” y “opúsculos” dentro de su volumen (en otras palabras, convirtiéndolos en “unidades editoriales” que ellos no conformaban, caso especialmente notorio para los artículos de la *Gazeta*). Con esto querría finalmente subrayar a nivel formal que todos eran expresión de un solo y excluyente contenido temático: el pensamiento democrático:

He seleccionado, pues, [sus] tres opúsculos más importantes; de ahí que no se llame este volumen *Escritos* de Mariano Moreno, sino *Doctrina democrática* de Mariano Moreno, porque en él expone su autor la crítica de la sociedad colonial (libro I [*Representación de los hacendados*]), después la derrumba con su prédica revolucionaria (libro II [*Textos de la Gazeta*]), y por fin da las bases para reconstituirla (libro III [*La miras del Congreso*]), de acuerdo con un ideal de libertad democrática. (13, el subrayado es mío).

En este sentido, a través de una operación editorial interpretativa que sacaba los textos de su inscripción histórica específica y ligaba el concepto de democracia a una serie de reclamos encuadrados en doctrinas republicanas y liberales de carácter general, Rojas insistiría que nadie, después de leer estos “libros”, podría “negar la fe de Moreno en las fuerzas de la tierra y del trabajo libres, que expone en el primero; ni la necesidad de austeridad republicana que preconiza constantemente en el segundo; ni la urgencia de organizar un gobierno propio por el ejercicio normal de la soberanía en cada uno de los pueblos que se habían plegado a la revolución” (17-18).

Esta versión del pensamiento de Moreno era, en verdad, sustancialmente distinta a la presentada por Ingenieros. Al eliminar el *Plan* de su edición, si por un lado Rojas evitaba entrometerse con la difícil cuestión filológica de la autoría del texto –que estrictamente le hubiera correspondido analizar por su insistencia en la importancia de la disciplina en la

¹² Moreno 1836; Moreno 1896.

conformación del sentido de la nacionalidad—, por otro dejaba de lado el problema de vincular al revolucionario con una ideología comprometedora. De hecho, a través de un tipo de aclaración que prometía no incluir en sus futuros prólogos, pero que le parecía necesaria en este contexto, insistiría en aclarar las fuentes de la obra de Moreno para señalar de este modo su distancia de toda perspectiva jacobina. En este sentido escribiría que no quería “concluir estas páginas preliminares sin llamar la atención de los lectores que fueran novicios en estudios de esta índole, sobre el *fondo clásico* que se advierte en la cultura filosófica y literaria de Mariano Moreno” (22, el subrayado es mío). Y en ese contexto subrayaría la influencia que había ejercido sobre el autor la “tradicición grecolatina”, el pensamiento de Jovellanos, Adam Smith y los economistas españoles, como también la producción de Rousseau y los enciclopedistas franceses, todos autores que pudo leer en Chuquisaca (22-23). De este modo, Rojas reposicionaría a Moreno como fundador de la democracia argentina a partir de una línea de lecturas que lo conectaba otra vez con los pensadores clásicos, iluministas y liberales. Instrumento de educación política y cultural preelectoral, el volumen inicial de la “Biblioteca Argentina” concluiría así que el sentido histórico de la nacionalidad se situaba fuera de la red ideológica del radicalismo político.

Pero la lucha por vincular los orígenes de la tradición argentina a ideologías de “izquierda” no se limitaría al texto de Moreno. Esta misma problemática se plantearía también con la edición del *Dogma socialista* de Echeverría, ya que en este caso el significado mismo del término “socialista” podía ser objeto de apropiaciones diversas y, de hecho, ya había sido debatido por más de medio siglo. De nuevo la edición de Ingenieros aparecería aquí como el detonante de la contraofensiva que Rojas presentaría en el segundo volumen de su serie. Bajo el título de *Dogma socialista – Plan económico – Filosofía social*, Ingenieros había publicado en “La Cultura Argentina” una recopilación de obras en la que Echeverría era visto como historiador, publicista y sociólogo que reafirmaba la orientación humanitarista, científicista y revolucionaria sobre la que se asentaba la “evolución” de las ideas nacionales. En otro intento de ligar el pensamiento francés a la tradición argentina, Ingenieros habría querido demostrar en su edición que esa línea teórica aparecía en Echeverría como resultado de la influencia de los pensadores sansimonianos pero, ante todo, de Pierre Leroux. De hecho, la lectura de Ingenieros insistiría en que el *Dogma*, publicado en 1846, fue también parte del clima ideológico que desató la Revolución Francesa de 1848. En su colección, Ingenieros intentaría subrayar esta interpretación por medio de una edición convenientemente prologada, secuenciada y jerarquizada de los escritos del autor en la cual se lo consagrara como pensador socialista.

Así, por ejemplo, para subrayar la preponderancia de la influencia socialista sobre todas las otras corrientes ideológicas en los primeros trabajos de Echeverría, Ingenieros se limitaría a afirmar en la nota introductoria a su edición que Echeverría en “1837 [sic] redactó su famoso *Dogma socialista*, inspirado en las doctrinas sansimonianas continuadas en Francia por Pierre Leroux”. Esta afirmación pasaba por alto que la obra que Echeverría había publicado finalmente el 1 de enero de 1839 se titulaba, en realidad, *Código* o *Creencia*, y que recién en 1846 pasaría a ser parte del *Dogma socialista*; también dejaba de lado el hecho de que ese texto había sido escrito principalmente a partir de las propuestas de las agrupaciones revolucionarias europeas (por ejemplo, la Joven Europa), y el pensamiento de Lammenais.¹³ Pero tal como lo había advertido en relación con la autoría del *Plan*, Ingenieros no pretendía fundar su lectura del pasado en la rigurosa cronología y la pulcra investigación y comentario de fuentes. De hecho, con el propósito de enfatizar su interpretación del socialismo de Echeverría, publicaría el *Dogma* con el agregado de tres escritos económicos y políticos del autor, uno de ellos incluso anterior al *Dogma* —“Sentido filosófico de la Revolución de Febrero en Francia” (1848), la segunda “Lectura del Salón Literario” (1837) y la “Contribución territorial” (¿1848?)—, con los cuales quería reforzar, a modo de “comentario”, el sentido buscado. Si con el primer artículo se quería mostrar el apoyo de Echeverría a una línea de pensamiento revolucionario que tenía sus orígenes en las referencias a Leroux presentes en el *Dogma*, los dos restantes ayudaban a subrayar la idea de que Echeverría propiciaba el socialismo agrario a través de reformas

¹³ A diferencia de la nota introductoria al volumen de “La Cultura Argentina”, Ingenieros reconoció estos datos en 1957: t. V, 74-106.

impositivas.¹⁴ En esta dirección, intentando hacer del *Dogma* el texto intermedio de una cadena que se iniciaba con el primitivo *Código* y culminaba con el artículo sobre la Revolución de 1848, Ingenieros intentaba sugerir que el socialismo era una constante, explicitada gradualmente, del pensamiento de Echeverría. La noticia introductoria de “La Cultura Argentina” evidenciaría los deslizamientos de sentido y la alteración de los títulos puestos en juego por Ingenieros para construir un relato ideológico retrospectivo, coherente y uniforme, sobre el autor. Allí diría:

El *Dogma* tiene su *comentario histórico* en la “Ojeada retrospectiva” que precede a la reedición de 1846 [aunque, de hecho, la “Ojeada” no es comentario del *Dogma*, sino en todo caso del *Código*], su *comentario económico* en la lectura efectuada en 1837 en el Salón Literario de Buenos Aires y conocida por “Plan Económico” [es decir que el supuesto comentario precedería cronológicamente al texto comentado] y su *comentario filosófico-social* en la segunda parte del estudio sobre la Revolución de Febrero en Francia (1848), que se incluye en esta edición con el título genérico de “Filosofía social”. (El subrayado es mío).

Meses después de la aparición de la edición de Ingenieros, el *Dogma* preparado por Rojas se propondría desacreditar esta interpretación, sumándose a la línea de lecturas destinadas a negar la influencia del socialismo europeo en el libro. De hecho, la batalla por el significado del término en Echeverría tenía ya para 1915 una larga historia, que explícitamente Ingenieros se había propuesto desafiar: Alberdi había refutado el socialismo de Echeverría en la nota aparecida en Valparaíso (1851) con motivo de la muerte del autor, Menéndez Pelayo había cuestionado esta filiación en la *Antología de la poesía hispano-americana* (1893-1895) y Adolfo Saldías había hecho lo propio en su reimpresión del *Dogma* en 1907 (Ingenieros 1957: t. V, 91-92; Menéndez y Pelayo 1948: 378; Saldías 1907: 5). Reclamando la autoridad de la crítica textual filológica, Rojas quería consolidar esta interpretación publicando una nueva edición del *Dogma* destinada a “corregir” el “equivoco doctrinario” de “quienes, sin haber leído el libro, puedan confundir el ‘socialismo’ de Echeverría, anterior a 1846, con el socialismo actual, posterior a 1848, ya se lo considere en su primitiva forma romántica, o en las formas científicas y políticas que siguieron al trágico estallido europeo de 1848” (12-13).

Sin embargo, para probarlo, Rojas estaría otra vez lejos de ajustarse a las operaciones autorizadas de la disciplina legitimante con la que pretendía sellar su verdad y desacreditar la versión de Ingenieros. Crítico acérrimo de la serie de Ingenieros, se valdría sin embargo de las mismas estrategias de presentación textual puestas en juego por su competidor editorial: la ordenación calculada de textos y la publicación del *Dogma* con agregados que operaran a modo de “comentarios” destinados a reforzar un sentido específico, sólo que en este caso buscaría ampararse en la filología como metodología para convalidar su lectura. De hecho, la fidelidad a las reglas del método crítico hubiera hecho técnicamente imposible que Rojas pudiera reproducir el *Dogma* con “agregados”, ya que se contaba con una edición *princeps* del texto corregida y publicada en vida por autor, de la cual no había testimonios simultáneos o posteriores capaces de autorizar adiciones o revisiones. Sin embargo, una vez más Rojas justificaría su edición ampliada por medio de un criterio propio: la continuidad temática de los textos elegidos y una curiosa especulación sobre la intencionalidad de Echeverría. Al publicar la obra con añadidos, Rojas señalaría que estaba haciendo “lo mismo que hubiera hecho el autor”, si hubiera tenido la oportunidad de reimprimir su obra (16), aunque no hubiera evidencia alguna de este propósito.

Para sugerir que “socialista” sólo quería decir en Echeverría “credo social” y que sus ideas “no postulaban ningún problema obrero de carácter internacional, ni reforma alguna del capital o del trabajo” (17), Rojas descartaría el artículo sobre la revolución de 1848 y sumaría, en cambio, las “Cartas al *Archivo Americano*”, que el autor dirigió en 1847 a Pedro de Angelis para defenderse de las críticas a la obra y responder a las acusaciones de sansimonismo. Pero esto no era todo; de hecho, Rojas iría más lejos: con el objetivo de presentar las cartas como

¹⁴ Sobre estos textos de Echeverría, ver también Ingenieros 1957: t. V, 97-104.

parte estructural del libro, organizaría otra vez más los materiales de Echeverría en un formato “narrativo” tripartito que, por medio de subtítulos inexistentes en el original y estratégicamente emplazados, subrayara una organicidad sin fisuras. Así, la “Ojeada retrospectiva”, escrita *después* del *Código*, aparecería bajo el título inventado de “Antecedentes del *Dogma*”, el primitivo *Código* bajo la denominación “Exposición del *Dogma*”, y las ajenas *Cartas al Archivo* como “Defensa del *Dogma*”. Poniendo en plano de igualdad textos de distinto origen y función, Rojas justificaría su operación de equilibrada sutura en estos términos:

Estos tres opúsculos integran, en mi sentir, el pensamiento del *Dogma*, tal como Echeverría lo viera *en tres varios momentos* de la historia nacional, *en tres diferentes situaciones* de su propia vida, *en tres diversas actitudes* de su ánimo apasionado. Escribió en 1837 las *Palabras simbólicas* (segunda parte) [...] y cuando [...] creían posible, frente a la tiranía naciente, desprenderse de unitarios y federales, y remontarse a las puras y liberales tradiciones de la emancipación. Escribió en 1846 la *Ojeada retrospectiva* (primera parte) cuando la juventud dispersa se había refugiado en las naciones vecinas, movida en gran parte por los ideales de que este libro fuera iniciador [...] Escribió por fin, en 1847, las *Cartas al Archivo* (tercera parte) para defender en el *Dogma* el ensueño por el cual habían abandonado la patria y el hogar. (14-15, el subrayado es mío).

A través de esta explicación, Rojas manifestaría que no tenía otro interés que presentar el texto de Echeverría lejos de toda intención “banderiza”, lo que en sus textos no quería decir otra cosa que “socialista”, en sentido revolucionario. De frente a las próximas elecciones presidenciales, Rojas insistiría en situar a su autor más cerca que nunca de un ideario que, para él, excluía el colectivismo o el internacionalismo. Así, en la noticia preliminar al *Dogma* escribiría que “Su ‘socialismo’ se levantaba contra el ‘individualismo’ de los déspotas o la ‘oligarquía’ de los partidos intransigentes que entonces ensangrentaban la república” (17-18), y agregaría que en el libro “No se habla de internacionalismo, sino de la fraternidad en el sentido del humanismo cristiano; no se habla tampoco de posesión común de la tierra, sino de comunidad moral de todos los habitantes dentro de la solidaridad nacional” (18). Hecha esta salvedad, y sin mencionar siquiera el rechazo de Echeverría por el sufragio universal en las “Palabras simbólicas” (idea que contrariaba la realidad electoral que se había redefinido desde 1912), Rojas insistiría que el *Dogma* resultaba así ajeno a cualquier identificación con sectores políticos específicos y, como auténtico libro nacional, podía “servir de patrimonio exclusivo a no importa cuál de nuestros partidos actuales [...] Todos hallarán aquí potente levadura de argentinidad, capaz de fundirlos a unos y a otros en los *ideales progresivos de la democracia*” (19, el subrayado es mío). En este sentido, su lectura quería desplazar el texto de cualquier asociación comprometedora y apostaba por presentarse, a través de una edición pretendidamente objetiva, como legítima y neutral.

Los usos de la filología: “función-autor” y textos del origen

El modo en que Ingenieros y Rojas organizaron y jerarquizaron los materiales de Moreno y Echeverría en sus colecciones muestra que ambos persiguieron un mismo objetivo ideológico y editorial: canonizar y difundir versiones alternativas del pasado por medio de un interesado principio de agrupación de textos. En este sentido, se propusieron ligar a Moreno y Echeverría a un grupo específico de materiales para establecer, a través del nombre propio y una determinada ordenación y jerarquización, eso que Foucault caracterizó como “función-autor”:

A name can group together a number of texts and thus differentiate them from others. A name also establishes different forms of relationships among texts [...] The fact that a number of texts were attached to a single name implies that relationships of homogeneity, filiation and reciprocal explanation, authentication, or of common utilization were established among them. (Foucault 1977: 123).

Las ediciones de clásicos nacionales lograrían conformar y diseminar así unidades discursivas específicas, articuladas a través de la referencia a un sujeto originante pensado fuera de todo conflicto y disonancia hermenéutica. De ese modo intentarían subrayar una coherencia ideológica que se ajustaba más al proyecto intelectual de los editores y a las luchas por el nacionalismo del Centenario, que al pasado y la contradictoria obra de los autores.

Sin embargo, el enfrentamiento entre Rojas e Ingenieros por hacer de Moreno y Echeverría sujetos homogéneos e invariables de discurso, y por ese intermedio, monopolizar la definición de la tradición cultural argentina frente a un futuro incierto, no se limitaría a la presentación de dos diferentes narrativas de origen. Algunos factores institucionales también se convertirían en aspectos estratégicos para la consagración de ambos proyectos culturales. Rojas, por ejemplo, vería en la filología moderna una herramienta crucial para validar la legitimidad de su articulación ideológica de los textos de Moreno y Echeverría. Frente a la necesidad de enfrentar lo que había comenzado como un éxito sin precedentes en la historia cultural argentina, invocaría el discurso de la crítica textual para defender su autoridad como intérprete del pasado argentino. Sin embargo, las ediciones de Rojas muestran que los criterios que él utilizaba para presentar los textos de su serie contradecían prácticas filológicas autorizadas. Como se ha visto, una lectura detenida de las ediciones de Rojas muestra que su relación con la crítica textual se basaría más en su utilización como estrategia argumentativa para defender su posición ante el pasado que como método especializado de presentación textual. Rojas apelaría a la cita de autoridad y de la referencia conceptual para prestigiar, en realidad, una práctica crítica metodológicamente frágil desde los marcos de la misma disciplina desde la que hablaba y se justificaba. A pesar de sus demandas incumplidas, su postura reconocería, sin embargo, que la consagración de un canon iba más allá de la mera selección y divulgación de autores y obras en ediciones masivas: en una época de profesionalización y especialización del saber, el poder interpretativo dependía también de la mediación de teorías textuales y factores institucionales.

Ingenieros apostaría, en cambio, por un modelo intelectual alejado de las reglas de funcionamiento del emergente campo cultural. Su proyecto, más bien, confiaba en la eficacia de una estrategia dirigista por la cual intentaba “difundir, a precios ínfimos y en millares de ejemplares, el libro nacional”, y por ello se habría limitado a “reproducir las ediciones viejas que obtenía, *sin detenerme a depurarlas críticamente, a fin de no perder tiempo*” (Quesada 1925: 443, el subrayado es mío). Este planteo tendría una doble consecuencia: si por un lado “La Cultura Argentina” lograría un impacto en el cuerpo social incomparablemente mayor al de la “Biblioteca Argentina”, por otro debería ser sancionada por su “ilegitimidad” letrada. A pesar de que la biblioteca de Ingenieros llegó a quintuplicar en número de títulos a la de Rojas y continuó siendo publicada y reeditada más allá de la muerte de Ingenieros en 1925¹⁵, resultando la más popular y extensa de todas las colecciones retrospectivas publicadas hasta la década de 1960, su notoria influencia en la conformación del imaginario nacionalista sufriría un fuerte embate a medida que el discurso filológico empezara a invadir ámbitos intelectuales cada vez más amplios, de la mano de quien había proclamado su importancia en la constitución de sentidos del pasado: Rojas crearía en 1923 el Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires en el momento en que ocupaba el decanato de la Facultad de Filosofía y Letras, y de ese modo traduciría definitivamente a nivel institucional la consagración de la disciplina a través de la cual intentaba consagrar sus lecturas.¹⁶

Con todo, el oportunismo de la operación editorial e ideológica de Rojas no pasaría desapercibido para todos. A pesar de su clara posición antijacobina y pro-filológica, su edición de los escritos de Moreno, por ejemplo, sería criticada nada menos que por quien, veinte años antes que él, había inaugurado el ruidoso debate sobre los textos de Moreno: el propio Paul Groussac. En 1924, al reunir sus artículos en *Crítica literaria*, agregaría un “Post scriptum” a su

¹⁵ “La Cultura Argentina” publicó 132 volúmenes; la “Biblioteca Argentina”, 29 volúmenes. Tras la muerte de Ingenieros, el impresor de “La Cultura Argentina”, Lorenzo J. Rosso, continuó reimprimiendo la mayor parte de sus títulos hasta 1939 en el marco de una nueva serie que tituló “La Cultura Popular”.

¹⁶ Sobre la creación del Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires, véase *Boletín del Instituto de Filología*, n° 1-2, 1926, pp. 71-85, donde se reproducen los discursos del decano, Ricardo Rojas, y de su primer director, Américo Castro.

polémica con Piñero en el que, si por un lado, cuestionaría precisamente el título elegido por Rojas (acusándolo de “cultor asiduo del floripondio” por no haber elegido el más “sencillo” de *Escritos*), por otro, señalaría con su habitual estilo lapidario que los textos de Moreno no contenían “nada de doctrinal” y de “democrático”, ya que en sus obras “sólo una vez está empleado el adjetivo [“democrático”] a propósito de la Suiza”. En este contexto, afirmarí­a que esa edición carecía de todo valor y que, “lejos de mejorar las anteriores, [era] sin duda la peor de todas” (Groussac 1980: 287). Más allá de su inocultable gusto por la aspereza, la exageración y el énfasis, la conclusión de Groussac no dejaba de subrayar en el fondo lo que sugiere un análisis de la política textual de Rojas: su uso de la filología como instrumento destinado a legitimar una versión del pasado por la que se intentaba responder a un presente político amenazante. En ese sentido, aunque Groussac nunca se pondría a editar a Moreno, y no perdonaría al “profano” Piñero por su intervención editorial, tampoco dejaría de darse cuenta de los objetivos del “especialista” Rojas: atribuirse el monopolio de la definición legítima del sentido para con ello autorizar una política de memoria y olvido para los textos de la patria.

BIBLIOGRAFÍA

- BAGÚ, Sergio (1936). *Vida ejemplar de José Ingenieros: juventud y plenitud*, Buenos Aires, Claridad.
- BARRANCOS, Dora (1990). *Anarquismo, educación y costumbres en la Argentina de principios de siglo*, Buenos Aires, Contrapunto.
- BARRANCOS, Dora (1991). *Educación, cultura y trabajadores (1890-1930)*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
- BERTONI, Lilia Ana (2001). *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas: La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- BRUNNER, José J. (1988). *Un espejo trizado: ensayos sobre cultura y políticas culturales*, Santiago, FLACSO.
- CAPARRÓS, Martín (1999). “Prólogo” a *Plan Revolucionario de Operaciones* de Mariano Moreno, Buenos Aires, Perfil.
- CERQUIGLINI, Bernard (1999). *In Praise of the Variant: A Critical History of Philology*, Baltimore, Johns Hopkins UP.
- COELHO, Teixeira (1997). *Dicionário crítico de política cultural: cultura e imaginário*, São Paulo, Fapesp-Illuminuras.
- DAVIRE DE MUSRI, Dora (1988). *Plan Revolucionario de Operaciones de Mariano Moreno*, San Juan, Universidad Nacional de San Juan.
- FOUCAULT, Michel (1977). “What is an author?”. *Language, Counter-Memory, Practice*. Donald F. Bouchard (ed.), Ithaca, Cornell UP.
- GALLO, Ezequiel y Cortés Conde, Roberto (1987). *Argentina: la República Conservadora*, Buenos Aires, Paidós.
- GARCÍA CANCLINI, Néstor (1987). *Políticas culturales en América Latina*, México, Grijalbo.
- GELLNER, Ernest (1983). *Nations and Nationalism*, Ithaca, Cornell UP.
- GROUSSAC, Paul (1896). “Escritos de Mariano Moreno”. *La Biblioteca*, n° 1: 121-160.
- GROUSSAC, Paul (1897). “La educación por el folletín”. *La Biblioteca*, n° 18: 315-328.
- GROUSSAC, Paul (1898a). “Escritos de Mariano Moreno (segundo artículo)”. *La Biblioteca*, n° 7: 268-318.
- GROUSSAC, Paul (1898b). “La desaparición de *La Biblioteca*”. *La Biblioteca*, n° 8: 244-248.
- GROUSSAC, Paul (1980). *Crítica Literaria*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano.
- GUMBRECHT, Hans Ulrich (1986). “*Un Souffle d’Allemagne ayant passé: Friedrich Diez, Gaston Paris, and the Genesis of National Philologies*”. *Romance Philology*, n° 40: 1-32.
- GUTIÉRREZ, Leandro H. y Romero, Luis A. (1995). *Sectores populares, cultura y política*, Buenos Aires, Sudamericana.
- HALPERÍN DONGHI, Tulio (1999). *Vida y muerte de la República verdadera (1910-1930)*, Buenos Aires, Ariel.
- HOBBSBAWM, Eric (1983). “Inventing Traditions”. *The Invention of Tradition*. E. Hobsbawm y T. Ranger (ed.), Cambridge, Cambridge UP.
- HOWARD BLOCH, R. (1989). “842: The First Document and the Birth of Medieval Studies”. *A New History of French Literature*. Denis Hollier (ed.), Cambridge, Harvard UP.
- INGENIEROS, José (1915-1916). “Historia de una biblioteca”. *La Nota*, n° 1: 90-92. Reproducido en *Obras completas VI*, Buenos Aires, Mar Océano: 290-293.

- INGENIEROS, José (1957). *La evolución de las ideas argentinas*, Buenos Aires, Elmer.
- MENÉNDEZ Y PELAYO, Marcelino (1948). *Antología de la poesía hispano-americana XXVIII*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- MOREL, C. (1906). "Curso libre de filología: objeto, método y desarrollo de la filología romance". *Revista de derecho, historia y letras*, n° 16: 505-530.
- MORENO, Mariano (1836). *Colección de arengas en el foro y escritos del doctor don Mariano Moreno*. Manuel Moreno (ed.), Londres, Pickburn.
- MORENO, Mariano (1896). *Escritos*, Buenos Aires, El Ateneo.
- MORENO, Mariano (1965). *Plan revolucionario de operaciones*, Buenos Aires, Plus Ultra.
- PIÑERO, Norberto (1897). *Los escritos de Moreno y la crítica del señor Groussac*, Buenos Aires, Lajouane.
- QUESADA, Ernesto (1925). "La vocación de Ingenieros". *Nosotros*, n° 19: 433-468.
- ROJAS, Ricardo (1909). *La restauración nacionalista: informe sobre educación*, Buenos Aires, Ministerio de Justicia e Instrucción Pública.
- ROJAS, Ricardo (1911). "Antología Argentina". *El monitor de la educación común*, n° 466: 105-112.
- ROJAS, Ricardo (1915a). "Historia de una biblioteca". *La Nación*, 15 septiembre.
- ROJAS, Ricardo (1915b). "Noticia preliminar" a *Las Bases* de J. B. Alberdi, Buenos Aires, La Facultad.
- ROJAS, Ricardo (1915c). "Noticia preliminar" a *Dogma socialista* de Esteban Echeverría, Buenos Aires, La Facultad.
- ROJAS, Ricardo (1915d). "Noticia preliminar" a *Doctrina democrática* de Mariano Moreno, Buenos Aires, La Facultad.
- SALDÍAS, Adolfo (1907). "Echeverría y el socialismo". *Dogma socialista* de Echeverría, Buenos Aires, Maucci.
- SOLBERG, Carl (1970). *Immigration and Nationalism: Argentina and Chile, 1890-1914*, Austin, University of Texas.
- WILLIAMS, Raymond (1977). *Marxism y literature*, Oxford, Oxford UP.